

Identidad Ausente



Del mito de la síntesis a la política de la identificación

Nombre: Álvaro Jiménez Molina (*)

Universidad: Universidad de Chile

Ciudad: Santiago

País: Chile

Correo: alvarojimol@gmail.com

Resumen

Desde la perspectiva del discurso filosófico, sociológico y psicopatológico, este artículo desarrolla brevemente una tesis frente a la cual tienden a converger varias teorías contemporáneas de la subjetividad: *es porque existe lo político que no hay identidad*. Al mismo tiempo, se argumenta que ello fuerza cada vez más al ejercicio teórico de remplazar la noción de identidad unitaria -predominante en la reflexión moderna- por la categoría de *identificación*, en función de relevar la incompletitud inherente de la subjetividad. En este sentido, se sostiene que la identidad es el resultado de un proceso contingente e inconcluso de identificación determinado por el carácter político de lo social.

Palabras Claves

Identidad, identificación, política, subjetividad.

Absent Identity. From the myth of synthesis to the politics of identification

From the perspective of a philosophical, sociological and psychopathological discourse, this article develops briefly one of the thesis in which many contemporary theories on subjectivity converge: *in so far as "the political" exist, there will not be identity*. At the same time, it will be argued that a replacement of the category of unitary identity by the category of *identification* is necessary in order to reveal the incompleteness of subjectivity. Finally, I will be sustained that the identity is the result of a contingent and unfinished process of identification determined by the political character of the social.

Keywords

Identity, identification, politics, subjectivity.

(*) El autor es Psicoterapeuta de la Unidad de Psiquiatría Comunitaria del Hospital Padre Hurtado, y Licenciado en Psicología de la Universidad de Chile



El significante “identidad” se ha instalado en el centro de la reflexión política contemporánea, al mismo tiempo que la noción de “identificación” ha permitido rearticular la relación entre subjetividad y prácticas sociales. En relación a este campo, es posible distinguir al interior del pensamiento moderno dos modelos generales de la identidad: un modelo “esencialista” que supone que la identidad tiene cierto contenido intrínseco definido por un origen; un modelo “construccionista” que subraya la imposibilidad de esas identidades plenamente constituidas al enfatizar su carácter relacional e incompleto.¹

En este artículo me interesa desarrollar brevemente una tesis simple: *es porque existe lo político que no hay identidad*. Y su corolario: *no hay identidad sino identificación*. El argumento de esta tesis se desprende de la discusión teórica contemporánea en torno a las nociones de *subjetividad* e *identidad*. Si bien la tesis que organiza este artículo no constituye una propuesta original, permite sistematizar el movimiento que se produce a partir de tres discursos (filosófico, sociológico y psicopatológico), los cuales permiten dar cuenta del modo en que la identidad aparece como un problema en la modernidad precisamente porque responde a una cuestión política, al mismo tiempo que poseen un valor *performativo* respecto a la identidad misma.

Desde la perspectiva del discurso filosófico

La noción de “sujeto” es quizá el resultado más relevante de la reflexión filosófica y social moderna. Y no podía ser de otra forma, dado que el discurso de la modernidad se apoya ante todo en los principios de libertad y autonomía en tanto posibilidad de autorrealización de cada sujeto concreto. Sin embargo, la modernidad es al mismo tiempo el momento histórico donde se tensionan dos elementos esenciales en el ideal de sujeto: la dimensión dinámica de la *emancipación* y la dimensión de unidad que soporta la *identidad* (Hopenhayn, 1997). Si el sujeto cambia a través de la emancipación, su identidad se ve afectada por este cambio, lo que atenta contra el ideal de consistencia del sujeto. La respuesta del discurso filosófico de la modernidad frente a este problema es que el sujeto debe fundar su identidad a través del cambio.

Es en este sentido que puede ser comprendida, por ejemplo, la fórmula de la autoconciencia en Hegel: la unidad del sujeto está dada en su movimiento dialéctico desde una identidad incompleta hacia otra plenamente desarrollada (autoconciencia); el sujeto se hace idéntico a sí mismo en tanto despliega su “negatividad” inherente (Hegel, 2007). Ello se encontrará en la base de la comprensión marxista de la historia en tanto movimiento de autorrealización del sujeto a través del trabajo. Para Marx (1970), las condiciones de explotación en el modo de producción capitalista impiden el reconocimiento del sujeto con su propia identidad (su condición de clase “para sí”). Dicho de otro modo, detrás de la “falsa conciencia” ideológica se esconde una identidad que busca desplegarse como sujeto no alienado. Precisamente aquello constituirá uno de los principales mitos modernos: suponer la existencia de una identidad más allá de las

¹ Sin duda, aquello que subyace a ambos modelos es un modo particular de comprender la naturaleza de lo social que reproduce la tensión inherente a las ciencias sociales entre “estructura” y “agencia”. Para una discusión en profundidad, véase M. Archer (1997) *Cultura y Teoría social*. Buenos Aires: Nueva Visión.



relaciones sociales (Angelcos, 2010)². Así, de Hegel a Marx, la idea de “reconciliación” constituyó la utopía de un sujeto que descubriría su identidad en el fin de la historia.

En síntesis, este sujeto moderno parece definirse como la posibilidad y la fuente de la experiencia, el conocimiento y la acción social sostenida en un “yo” que determina una identidad social. Sin embargo, el discurso postmoderno constituirá un impulso que intentará desmontar la imagen moderna de una identidad autotransparente e indisoluble. Quizás el primer impulso en este sentido es el esfuerzo de Nietzsche (1997) por demostrar que la interioridad atribuida al ser humano no es sino el resultado de una perversión de los instintos: al no poder desahogar sus instintos hacia fuera, el ser humano los descarga hacia dentro, creando así esa instancia que denominamos “yo”. Aquel instinto reprimido del cual habla Nietzsche sin duda es un antecedente del descubrimiento freudiano del inconsciente, acontecimiento decisivo para *descentrar* la concepción de la identidad y del sujeto forjada desde Descartes hasta la fenomenología. Ahora bien, será Derrida (1998) quien con su proyecto de “deconstrucción” de las categorías de la metafísica occidental, denunciará todo intento por fijar una identidad. Sometida al juego de suplencia de toda estructura, la identidad ya no quedará fijada como centro, sino como un mero lugar vacío. Así, por ejemplo, la noción derridiana de *diférance* (“*différance*”), busca mostrar cómo es que no hay sino diferencia entre entidades dadas. En tal sentido, toda identidad difiere, retarda su cumplimiento: lo idéntico está siempre más allá de sí mismo, o podríamos decir también, implica un recurso infinito de *identificación*.

En una línea de reflexión distinta, es posible encontrar un gesto con mayor carga política en la investigación de Foucault (2001) sobre aquello que denomina “tecnologías del yo”, es decir, aquellos procesos que son prescritos a los individuos para fijar, mantener o transformar su identidad. Se especifican así dos modos de comprender al sujeto, uno que hace alusión a su carácter de *sujetado* a algo, y otro que se refiere al sujeto en tanto ligado a su propia identidad. Precisamente el término foucaultiano de “*subjetivación*” encarna una paradoja: por un lado, denota una dependencia radical al poder; pero al mismo tiempo denota un proceso de liberación frente a identidades impuestas (políticas, económicas, culturales). Podríamos decir entonces que las relaciones de poder fijan identidades intentando absorber la diferencia inherente al sujeto³.

En este sentido, en la medida en que la *subjetivación* sería un movimiento de *desidentificación* de los códigos mediante los cuales se fija al sujeto a una identidad, es posible comprender que la relación que sostiene el sujeto con su identidad es una relación política (Angelcos, 2010). Por ello Jacques Rancière (2006) dirá que la lógica de la *subjetivación*, en tanto proceso político de *desidentificación*, depende del reconocimiento del otro y siempre admite otra *identificación*

² Un modo alternativo de interpretar esta tradición es pensar que si para Hegel la identidad consiste en un conjunto de rasgos diferenciales respecto a otras entidades, para Marx la identidad será la totalidad de las relaciones sociales.

³ Como lo sostiene Stuart Hall (2003), el principal problema de esta descripción foucaultiana es que no revela la causa por la cual algunos individuos ocupan ciertas posiciones subjetivas y no otras.



posible. La búsqueda de la identidad a partir de la relación con un otro diferente supone suspender esa diferencia mediante una identificación que, paradójicamente, es imposible.

Como vemos, la idea de la identidad como *imposibilidad* se encuentra al extremo opuesto de la lógica sustancialista moderna. En la reflexión filosófica contemporánea, esta posición está paradigmáticamente representada por las perspectivas postestructuralistas y postmarxistas. Un ejemplo de ello es el intento compartido de superar la lógica de la interpelación ideológica de Althusser (2004). ¿Qué sostiene esta lógica? Básicamente que los individuos se convierten en sujetos al ser interpelados y, en ese mismo movimiento, *se identifican* con los mandatos simbólicos o imaginarios hacia los cuales *creen* que ya han sido predispuestos. La identidad se sostendría entonces fundamentalmente en el registro de la ideología. Ahora bien, esta lógica supone una serie de problemas que es posible observar en distintas teorías de la identidad: por un lado, depende de un reconocimiento que se efectúa antes de que se haya constituido el sujeto dentro del discurso (es decir, presupone una subjetividad previa a la interpelación); por otro lado, parece asumir un acto fundacional donde el sujeto es constituido de una sola vez; finalmente, parece no reconocer que siempre somos interpelados desde distintas posiciones de sujeto.

En respuesta a estos problemas, Butler (2001) intentará mostrar cómo el proceso de constitución performativa de una identidad se basa en la construcción discursiva de un afuera que constantemente desestabiliza la identidad bajo la forma de un “retorno” de aquello que excluye⁴. En esta misma línea, tanto Laclau (2000) como Žižek (2000) muestran que si bien la lógica de la interpelación da cuenta del modo en que se constituye la “posición de sujeto”, no permite entender que esa constitución se subvierte a sí misma, puesto que la identidad que promete no realiza al sujeto. Siguiendo a Lacan, Laclau y Žižek apelan a una noción de subjetivación que permita mostrar que el proceso de constitución de una identidad siempre fracasa, puesto que siempre queda un residuo insimbolizable (lo “real” lacaniano). En consecuencia, sería ideológica toda posición que desconozca el estatuto inacabado de la identidad. De este modo, para Žižek el sujeto, más que el producto de la subjetivación, es el nombre de un vacío que no puede ser llenado, el punto de fracaso de la subjetivación. Por otro lado, para Laclau *la identidad es política* en la medida en que es el resultado de relaciones “contingentes” que forman parte de procesos de articulación hegemónica, allí donde la posibilidad misma de lo político está dada por la imposibilidad de la identidad. Dicho de otro modo, y en esto se basa la tesis enunciada al principio, *es porque existe lo político que no hay identidad*, puesto que siempre excede los límites que intentan constituir y fijarla.

En síntesis, pareciera como si en la historia del discurso filosófico se produjera un paso desde un principio ontológico de la identidad (todo ser es idéntico consigo mismo o debe llegar a serlo), reflejado en las nociones de autoconciencia o autorreconocimiento, hasta una noción de identidad como algo contingente y dislocado que sólo puede sostenerse en procesos de identificación.

⁴ Este modelo parece reproducir el mecanismo freudiano de la formación de síntoma.



Desde la perspectiva del discurso sociológico

Desde mediados de los años 80', ligado a la irrupción de nuevos movimientos sociales (feministas, étnicos, homosexuales, etc.), reaparece con insistencia en las ciencias sociales -sobre todo con la emergencia de los estudios culturales- el problema de la identidad (y la diferencia), instalando la necesidad de remplazar la política de clases por una suerte de "política de identidades" (Larraín, 2001). El problema de los estudios culturales es que, a pesar de promover nociones como identidades descentradas, flexibles o subalternas, se mantienen dentro de la lógica moderna de la identidad, la diferencia y la individualidad (Grossberg, 2003). Como un esfuerzo de superar esta lógica, Stuart Hall (2003) sostendrá que las identidades son puntos de identificación temporal a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas.

En paralelo, gran parte de los diagnósticos sobre las condiciones de la sociedad contemporánea tienden a coincidir en la identificación de una serie de cambios: el deterioro de los referentes discursivos y simbólicos, la debilidad de los soportes identificatorios, los cambios en las formas de lazo social, etc. Si bien las sociedades de la modernidad tardía han recibido distintos nombres (sociedad del riesgo, modernidad líquida, hipermodernidad, etc.), estos diagnósticos mantienen el rasgo común de afirmar que las formas que asume la sociedad contemporánea implican correlatos subjetivos específicos. Ya sea bajo la forma de "calvario de la autoconciencia" (Beck), "corrosión del carácter" (Sennet), "privatización de las contradicciones" (Bauman), "yo saturado" (Gergen) o "fragilización de la personalidad" (Lipovetsky), pareciera como si la lógica contradictoria del capitalismo tardío se hubiera interiorizado en los individuos mismos: el individuo parece cada vez más móvil; pero esta fluidez, en vez de afirmar al sujeto como dueño de sí mismo, hace cada vez más volátil su vivencia subjetiva, provocando cierta desestabilización emocional e imposibilitando desarrollar un relato de identidad que organice su conducta. Y es que el proceso de "individualización" en el contexto neoliberal significa algo muy diferente de lo que significaba a inicios de la modernidad. Dicho en los términos de Bauman (2007), a diferencia de la "modernidad sólida", donde existían las clases que dotaban de identidad en un sistema de producción fordista que aseguraba un espacio definido y localizado en el mundo del trabajo, en la "modernidad líquida" no existen lugares previstos para re-arraigarnos como individuos, salvo los recursos para construir una identidad ofrecidos por la vía de los objetos en el mercado del consumo. Así, la erosión de las identidades colectivas haría cada vez más difícil la construcción de la identidad individual.

En otros términos, allí donde en la modernidad existía un anclaje entre orden social como proyecto y la vida social como proyecto (bajo la promesa de liberar al individuo de la identidad heredada para formularla precisamente como *proyecto*), en la modernidad tardía se produciría un *desanclaje* que vuelve difícil la construcción de identidad. Se trata de otra faceta de aquello que Lechner (2002) llama escisión entre procesos de modernización y subjetividad, fenómeno que en el caso de Chile se ve acentuado producto de un proceso de modernización extremadamente acelerado.



Desde una perspectiva diferente, el historiador Marcel Gauchet (2007) describe la puesta en juego de un nuevo régimen de identidad personal y colectiva, a partir de la descripción del cambio desde una “personalidad tradicional”, organizada por la incorporación de normas colectivas y una fuerte identificación del individuo con el punto de vista del conjunto social, a la “personalidad contemporánea” que corresponde a un individuo que viviría ignorando que vive en sociedad. En tal sentido, el gesto por excelencia del individuo contemporáneo sería el de desligarse o descomprometerse respecto a las instituciones, lo cual, según Gauchet, tendría como correlato una “debilidad de las identificaciones”: la identificación pierde sentido y la construcción de la identidad se realiza más negativa que positivamente: se trata de “no ser como” los otros, e incluso de despegarse de sí mismo.

En definitiva, en esa especie de *subjetividad líquida* descrita por los diagnósticos de la modernidad tardía, existiría una vulnerabilidad que parece depender de la declinación de los antiguos sistemas de estructuración de los sujetos. En términos psicopatológicos, este proceso se ha ligado a la emergencia de “nuevas enfermedades del alma” (Kristeva, 1993), donde precisamente una de sus formas es lo que se ha denominado “trastornos de la identidad”, patologías del “vacío interior” cuyo correlato es una incertidumbre radical acerca de la continuidad y consistencia del sí mismo. En términos amplios, es posible observar que la psicopatología del “paciente de hoy” parece radicalizar ciertos rasgos de la subjetividad moderna⁵.

Desde la perspectiva del discurso psicopatológico

El problema de la identidad aparece como uno de los ejes teóricos de la naciente psiquiatría del siglo XIX. De hecho, la psiquiatría se habría hecho parte de la revolución moderna de la identidad que acompaña a las revoluciones democráticas y transformaciones culturales decimonónicas.

El problema de la identidad quedó desde sus inicios ligado a la tramitación y administración de la diferencia que supone la locura (la enfermedad mental) respecto a la racionalidad moderna⁶: la subjetividad moderna definirá su identidad a partir de su alteridad, es decir, de la locura, recurso que permitirá a la razón moderna pensarse a sí misma.

Por lo tanto, el discurso psicopatológico es el escenario en el cual se intentan fijar los límites de la identidad mediante la administración de la locura. Dicho de otro modo, la historia del discurso

⁵ Si leemos todo ello en términos clínicos, pareciera que en la subjetividad contemporánea el problema de la identidad se expresa mediante el culto a la individualidad que devela la hipertrofia de la imagen propia de las patologías narcisistas, o en los comportamientos individuales atrapados en la lógica del exceso propia de las patologías del consumo (compulsiones, toxicomanías, trastornos de la conducta alimentaria, etc.).

⁶ Queda abierta la discusión acerca de si la exclusión moderno-cartesiana de la locura del ámbito de la razón constituyó por sí misma la posibilidad e identidad de esta última (Derrida), o si esta exclusión no es más que la representación filosófica de un acontecimiento histórico real al mismo tiempo que una exclusión discursiva (Foucault, 2002).



psicopatológico puede pensarse como una búsqueda de la identidad mediante la administración de los límites de la racionalidad moderna. De hecho, el discurso psiquiátrico oscilará permanentemente en la dicotomía entre identidad (personalidad, yo) y desviación (anormalidad, impulsividad). Más específicamente, las figuras de lo límite en psicopatología, ya sea bajo la forma de “manía sin delirio” (Pinel, 1809), “monomanía” (Esquirol, 1838), “trastorno límite de personalidad” (Kernberg, 1991), etc., expresan el conflicto entre la unidad del yo y los impulsos que precipitan al sujeto hacia la pérdida de su propia identidad. Se abre el espacio de una distancia que es interior al sujeto mismo, fijándose así una dicotomía que caracterizará a las disciplinas psicológicas: identidad y conciencia versus el desvío al exceso, ya sea bajo la forma de angustia o impulsión.

Desde Philippe Pinel (1809), pero sobre todo a partir de Esquirol (1838), el “yo” jugará un rol preponderante, en la medida en que se lo comprenderá como la instancia encargada del control y la síntesis psíquica. Posteriormente, a partir del descubrimiento de ciertas formas de alienación mental que asumen la forma de “cronicidad” o la alternancia, Falret dará a esta periodicidad un sustrato que permita reconocer allí una individualidad irreductible: la “personalidad”. La instalación de la noción de “personalidad” será el principio a través del cual la desviación será pensable en función de un referente unitario a partir del cual se desarrollarán apuestas teóricas, terapéuticas, institucionales, políticas. Gracias a la progresiva psicologización que sufre el discurso psicopatológico durante el siglo XIX, se expresará aquello que la psiquiatría intenta absorber: la relación entre la identidad del sujeto y el acto que produce (Sanhueza et al., 2010). Se trata del paso que ha descrito Foucault desde la pregunta judicial “¿qué hizo usted?” a la pregunta médico-legal “¿quién es usted?”, lo que supone una función de identidad (y de autoría) que explica el acto criminal y que autoriza la intervención del poder psiquiátrico en la vida social. De este modo, en los discursos psiquiátricos comienzan a circular conceptos como el de “constitución”, totalizando el cuerpo del individuo en un conjunto determinable de rasgos, para llegar finalmente a conformar una unidad biológico-psíquica manifestada en la continuidad comprensible de una identidad. Asimismo, ligado al acto delictual, aparecen una serie de nociones que le son correlativas: “inmadurez psicológica”, “personalidad poco estructurada”, “pérdida de la unidad del yo”, etc. La noción contemporánea de “difusión de identidad” (Kernberg, 1991) expresaría el punto de llegada de esta deriva histórica.

En definitiva, la problemática de la *identidad*, luego de la *personalidad*, expresará el espacio de la subjetividad sometido a la mirada o escucha clínica, designando aquella “crisis de identidad” que aparece como el común denominador del discurso psicopatológico clásico y el contemporáneo. Desde las “manías sin delirio” (Pinel), hasta los “trastornos de la personalidad” (DSM), lo que se observa es que la gran locura de fines del siglo XVIII ha dado paso progresivamente a figuras mixtas de trastornos que mantienen siempre una distancia respecto a lo que hay de alienación en ellas, distancia entre razón y locura que –teóricamente– puede ser superada a través de la recuperación de una identidad unificada (Aceituno, 2010). Como lo ha señalado el historiador de la psiquiatría Germán Berríos (2008), la psicopatología, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta el presente, devela que sus coordenadas están arraigadas en una *episteme* que ha permanecido



estable, estabilidad en gran parte sostenida por la noción de identidad, expresada decimonómicamente ya sea bajo la noción de “carácter”, “temperamento”, “constitución”, o actualmente como “personalidad”.

Creo que existen dos posiciones paradigmáticas respecto al modo como el discurso psicopatológico comprende hoy el problema de la identidad subjetiva: por un lado, Otto Kernberg, y por el otro, Jacques Lacan. Leyendo la clínica de Freud desde una lógica “yoica”, Kernberg (1991) llegará a postular, más allá de la historia de relaciones objetales, una interioridad, un “sí-mismo real”, una suerte de identidad sustancial. Así, por ejemplo, en los trastornos de la personalidad Kernberg enfatizará los efectos de un débil proceso identitario, donde la incapacidad del “borderline” de integrar las representaciones del sí-mismo no le permitiría reflejar su sí-mismo real. Hago notar que Kernberg mantiene la misma dicotomía clásica entre identidad (sí-mismo, yo, personalidad) e impulso o angustia. Toda esta lógica, llevada a la práctica clínica, deviene en una experticia normalizadora, en la realización de una ortopedia allí donde el sujeto fracasa con sus debilidades yoicas.

En contraste con esta posición y asumiendo la radicalidad del descubrimiento freudiano del inconsciente, Lacan (2003) denunciará la ilusoria completitud del yo que sostienen las categorías de la psicopatología clásica. Recordemos la formulación básica del “estadio del espejo”: una experiencia de identificación primordial a través de la cual el niño conquista la imagen de su propio cuerpo necesaria para que se produzca la estructuración del yo. Por lo tanto, *identificarse* a la imagen de otro es constitutivo del yo (“yo es otro”). Esta primera identificación alienante ante el espejo será fundadora de la serie de identificaciones que irán constituyendo al yo. Conclusión: el desarrollo del ser humano está marcado por identificaciones, y el yo no es más que una especie de “cebolla” en tanto sucesión de capas de identificaciones⁷. Por lo tanto, allí donde Kernberg sostendrá un ideal subjetivo definido por la integración de una identidad que apela a una base constitucional psicofisiológica, Lacan sostendrá que el yo no es unificador ni unificado, sino un desorden de identificaciones imaginarias y simbólicas. Extremando el argumento, y retomando la tesis enunciada al comienzo, podríamos decir: *no hay identidad sino identificación*; e identificación no es equivalente a unificación.

A modo de cierre: la identidad y lo político

Enuncio nuevamente la tesis que organiza este artículo: *es porque existe lo político que no hay identidad*. Y su corolario: *no hay identidad sino identificación*.

Los diagnósticos contemporáneos en torno a un escenario “post-político”, parecen tener como consecuencia una pérdida general de significación y relevancia de lo político en la constitución y reproducción del orden social. El argumento de la declinación de lo político en las sociedades contemporáneas parece estar sostenido por la tendencia a la *identificación* entre política y

⁷ Por cierto, esta perspectiva reproduce el modelo freudiano de la identificación en tanto primera expresión de un lazo emocional. El yo –dirá Freud (1923)- es la historia de identificaciones con objetos perdidos.



práctica institucional o estatal. Para desmarcarme de ese modo de comprender la política, retomo la diferencia de Chantal Mouffe (2007) entre *la* política y *lo* político. Entonces, definiremos *lo* político como la dimensión del *antagonismo* constitutivo del orden social que impide que se constituya como un todo, pero que al mismo tiempo es el proceso mismo de institución de lo social, mientras que *la* política corresponderá al conjunto de prácticas e instituciones con las que se establece el orden social en el marco de la conflictividad derivada de lo político.

El punto crucial para el argumento de este artículo es que lo político no puede definirse por ningún sujeto que le pre-existiría. No hay sujetos naturales de lo político. De ahí que será político todo intento por restituir la diferencia de los sujetos; dicho de otro modo, será político aquello que promueva una política de la *desidentificación* de una identidad impuesta: sexual, de clase, étnica, racial, etc. (Angelcos, 2010). Por lo tanto, lo político, más que una cuestión de individuación (edificación de un yo coherente), es una cuestión de *singularización* (diferimiento respecto a los lugares de inscripción socialmente reconocibles)⁸. Como lo sostenía Foucault (2001: 249): “Quizás el objetivo más importante de nuestros días es descubrir lo que somos, pero para rechazarlo”.

En resumen, si las identidades son resultado de procesos de identificación-desidentificación y jamás pueden ser completamente estables, entonces será político reconocer el carácter abierto, contingente y precario de toda identidad. Retomando la tensión entre estructura y agencia propia a las ciencias sociales, es posible decir que los sujetos se articulan a partir de un trabajo político (individual y colectivo) de identificación, pero -parafraseando a Marx- lo hacen dentro de un escenario que ellos no han elegido⁹.

En el campo de la Psicología (lugar al cual pertenezco) existe la necesidad de pensar la problemática de la subjetividad más allá de las dimensiones “yoicas” de la estructura psíquica, es decir, más allá de la cuestión de la identidad. Por lo general la discusión teórica en psicología (más que en el resto de las ciencias sociales) supone nociones de subjetividad e identidad sustancialistas. En este sentido, creo que la noción lacaniana de “sujeto barrado” (S) posee un rendimiento conceptual, práctico y político que es necesario explotar, dado que su carácter escindido enfatiza el límite interno que impide al campo simbólico realizar una identidad plena, constituyéndose como alternativa a la metafísica identitaria (Stavrakakis, 1999). Insistir en el carácter político de la identificación no es sólo mostrar que aquello con lo cual me identifiqué es un

⁸ Tal vez la teoría contemporánea más radical en este sentido sea el esfuerzo deleuziano de pensar la *singularidad* como algo distinto al orden de la individualidad o la identidad: sostener la singularización como algo distinto a la individuación, como un puro flujo de conciencia a-subjetiva, una “conciencia sin yo” cuyo estatuto “impersonal” constituye un momento previo a la adquisición de rasgos subjetivos que lo individualicen (Deleuze, 2007).

⁹ Claudia Briones (2007) sintetiza de la mejor manera esta perspectiva: si la “sujeción” remite a los sujetos en tanto efectos de las estructuras o posiciones disponibles, la “subjetivación” apunta a problematizar los distintos modos de habitar esas posiciones, identificándose o des-identificándose con ellas.



contenido particular y contingente, por lo cual mi identidad siempre difiere de sí misma, es también asumir lo político como el reverso de la completitud ausente de mi subjetividad.

p.y.p



Referencias Bibliográficas

Aceituno, Roberto (2010) *Futuro anterior. Historia, clínica, subjetividades*. Santiago: Editorial Universitaria.

Althusser, Louis (2004) *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. En S. Žižek (comp.) *Ideología: un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: FCE.

Angelcos, Nicolás (2010) *Subjetividad y política*. Santiago: FACSÓ.

Bauman, Zygmunt (2007) *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.

Berrios, Germán (2008) *Historia de los síntomas de los trastornos mentales. La psicopatología descriptiva del siglo XIX*. México D.F.: FCE.

Briones, Claudia (2007) *Teorías preformativas de la identidad y performatividad de las teorías*. [documento en línea]. Disponible desde Internet en <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=39600603>

Butler, Judith (2001) *Mecanismos psíquicos del poder*. Madrid: Cátedra.

Deleuze, Gilles (2007) *La inmanencia: una vida....* En G. Giorgi & F. Rodríguez (comps.) *Ensayos sobre biopolítica*. Buenos Aires: Paidós.

Derrida, Jacques (1998) *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.

Esquirol, Jean-Étienne (1838) *Des maladies mentales*. Paris: J. B. Baillière.

Freud, Sigmund (1923) *El yo y el ello*. En *Obras Completas*, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 2002.

Foucault, Michel (2002) *Historia de la locura en la época clásica*. México D.F.: FCE.

_____. (2001) *El sujeto y el poder*. En Dreyfus & Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Nueva visión.

Gauchet, Marcel (2007) *Ensayo de psicología contemporánea*. En *Revista de Psicología*, Universidad de Chile, vol. XVI nº2.

Grossberg, Lawrence (2003) *Identidad y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso?*. En Stuart Hall y Paul du Gay (comps.) *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

Hall, Stuart (2003) *Introducción: ¿quién necesita 'identidad'?*. En Stuart Hall y Paul du Gay (comps.) *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

Hegel, G.W.F. (2007) *Fenomenología del espíritu*. Buenos Aires: FCE.



- Hopenhayn, Martín** (1997) *Después del nihilismo. De Nietzsche a Foucault*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Kernberg, Otto** (1991) *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*. México D.F.: Paidós.
- Kristeva, Julia** (1993) *Les nouvelles maladies de l'âme*. Paris: Fayard.
- Lacan, Jacques** (2003) *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto** (2000) *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Lechner, Norbert** (2002) *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: LOM.
- Larraín, Jorge** (2001) *Identidad chilena*. Santiago: LOM.
- Marx, Karl** (1970) *Manuscritos económico-filosóficos*. México D.F. FCE.
- Mouffe, Chantal** (2007) *En torno a lo político*. Buenos Aires: FCE.
- Nietzsche, Friedrich** (1997) *Genealogía de la moral*. Madrid: Alianza editorial.
- Pinel, Philippe** (1809) *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale*. Paris: J. A. Brosson.
- Ranciére, Jacques** (2006) *Política, policía, democracia*. Santiago: LOM.
- Sanhueza, Danilo, Jiménez, Álvaro y Zulueta, Patricio** (2010) *Desbordes. Las problemáticas del acto en el discurso psicopatológico*. [Texto sin publicar].
- Stavrakakis, Yannis** (1999) *El sujeto lacaniano. La imposibilidad de la identidad y la centralidad de la identificación*. [Documento en línea]. Disponible desde Internet en <http://es.scribd.com/doc/53654735/sujeto-lacaciano>
- Žižek, Slavoj** (2000) *Más allá del análisis del discurso*. En E. Laclau, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva visión